

# La Iglesia en un mundo secularizado y plural

El número monográfico que el lector tiene en sus manos está dedicado al cambiante papel de las religiones en el mundo actual, caracterizado por la secularización avanzada y el pluralismo *cosmovisional*. Una veintena de especialistas aportan sus diversas perspectivas, variadas y complementarias. Con este comentario editorial ofrecemos una visión del conjunto y una valoración de este fenómeno, centrándonos de modo particular en sus posibles implicaciones para la Iglesia católica.

## I. Comprender, explicar y contemplar

El diseño de este número gira en torno a tres verbos, en los que se puede ver el influjo del filósofo alemán Wilhem Dilthey y del santo español Ignacio de Loyola. En el marco del siglo XIX alemán, Dilthey realizó la distinción entre las ciencias naturales, que permiten explicar cómo funciona el mundo, y las ciencias del espíritu, que proporcionan una más honda comprensión del mismo. Necesitamos ver el bosque y los árboles. Comprender el mundo supone tener la perspectiva adecuada para saber de bosques. Pero, al mismo tiempo, es preciso entender con cierto detalle cómo son los árboles, sin difuminarse en lo genérico.

En primer lugar, los cuatro estudios que hemos incluido bajo la rúbrica "comprender", junto con la entrevista al cardenal Fernando Sebastián, ofrecen una visión de conjunto. Desde la sociología, desde la filosofía, desde la mirada creyente y desde la geopolítica, hay una clara coincidencia en que las teorías clásicas de la

secularización han quedado superadas por la evolución histórica en las últimas décadas. En efecto, casi parece más apropiado definir nuestras sociedades con la palabra "pluralismo" que con el vocablo "secularización". Vivimos tiempos de pluralismo *cosmovisional*, en el que conviven diversas visiones de la vida (unas religiosas, otras no). Ha desaparecido el monopolio de la visión creyente de la existencia pero no ha desaparecido —ni mucho menos— la presencia de la visión creyente en la sociedad. Esta conclusión, sencilla y profunda, ofrece algunas claves para comprender nuestro mundo.

Como ya hemos indicado, además, es necesario realizar análisis más concretos, referidos a aspectos particulares. Así, en segundo lugar, encontramos, por ejemplo, los cinco estudios ulteriores que forman la segunda parte de este monográfico, dedicados a "explicar". En ellos se estudian los distintos tipos de racionalidad que aparecen en el trasfondo de los conflictos de interpretaciones; la delicada cuestión jurídica para buscar encajes apropiados al hecho religioso en el Estado contemporáneo, con una atención especial a la solución adoptada en la Transición española; el impacto de la nueva oleada secularizadora en la juventud española; y los conflictos internacionales en los que la religión parece jugar un papel relevante. Puede advertirse, de nuevo, que los árboles son necesarios para ver el bosque, y viceversa. Las cuestiones concretas aportan luz para comprender lo global y, a su vez, un buen marco de comprensión permite entender mejor los detalles.

En tercer lugar, necesitamos "contemplar". Y aquí es donde San Ignacio viene en ayuda de Dilthey. El fundador de los jesuitas invita a «considerar cómo la Divinidad se esconde» (*Ejercicios Espirituales*, n. 196) en nuestro mundo. No recurrimos a Ignacio porque seamos una revista católica editada por la Compañía de Jesús, sino porque su intuición es luminosa. Que Dios se esconda no quiere decir que esté ausente, sino que está presente de una manera menos evidente. Hay, pues, que buscarle. Y a esto se dedica la tercera sección del monográfico, con varias contribuciones que rastrean la presencia de Dios en la poesía, en la novela y en el ensayo contemporáneo. Es, en realidad, una invitación a que cada lector pueda hacerlo

en su propia vida: buscar y hallar a Dios en la sociedad plural y secularizada.

### 2. Nuestra Iglesia en este contexto

Dicho esto, queremos dar un paso más: ¿Cómo influye este marco en la identidad y en la misión de la Iglesia católica actual? Intentamos analizar cómo se sitúa —y cómo puede ubicarse— la Iglesia en este contexto. Esperamos ofrecer algunas pistas que ayuden a mejorar el diálogo y la interrelación positiva entre la Iglesia y nuestra sociedad plural y secular. Algunas de estas reflexiones y sugerencias, por supuesto, podrán ser útiles para diversos agentes de pastoral, para creyentes de otras confesiones, para ciudadanos de diferentes cosmovisiones y para autoridades civiles que deben gestionar la evidente pluralidad religiosa. El horizonte que anhelamos dibujar lo trazaremos a partir de un conocido método, muy empleado en procesos de análisis y planificación social, el llamado DAFO, que revisa debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades de una determinada situación.

#### a) **Debilidades**

Comenzamos, pues, con las debilidades, que se refieren a las limitaciones internas de la propia Iglesia para ubicarse adecuadamente en la sociedad actual, compleja, plural y secularizada.

La Iglesia en España y en Europa presenta un evidente problema de envejecimiento. Según un estudio del prestigioso *Pew Research Center*, publicado en 2015, Europa perderá casi cien millones de cristianos entre 2010 y 2050, pasando del 75% al 65% del total de la población europea. Esta proyección demográfica se explica por tres motivos fundamentales: 1. La edad media y la distribución por tramos de edad (la población cristiana tiene una media de 42 años, frente a los 32 años de media de los musulmanes europeos); 2. La tasa de fertilidad, que es de solo 1,6 para los cristianos europeos, y 3. El lento pero progresivo abandono de la pertenencia eclesial.

Junto a estos elementos que podemos considerar cuantitativos, existen otros factores de carácter más cualitativos.

Incluso más serio que el envejecimiento demográfico es lo que se podría llamar “envejecimiento espiritual”, es decir, la falta de vigor y de creatividad. Las dificultades para transmitir la fe a las generaciones jóvenes, los problemas para suscitar una experiencia espiritual profunda y que responda a los anhelos de la población actual e incluso la escasa incidencia práctica de la fe en amplios sectores considerados creyentes. Este último rasgo ya se detectó en un importante estudio sociológico, publicado hace veinte años. Ante la pregunta “¿Quién es creyente en España hoy?”, Rosa Aparicio y Andrés Tornos señalaron, en 1995, que el hecho de ser creyente apenas tenía una influencia en la vida cotidiana de las personas; esto es, se había vuelto literalmente irrelevante. Por lo tanto, resulta una tarea ardua, si tal es el caso, transmitir esa experiencia (¿cuál?) a los más jóvenes de manera significativa, creíble y atractiva.

Detectamos en la Iglesia europea y, en concreto, en la española ciertas inercias, que responderían más a *tics* del pasado que a los retos de la sociedad actual. No hablamos tanto de privilegios cuanto de inercias, desajustes o comodidades que centran muchos de los esfuerzos eclesiales dibujando, así, una pastoral de mantenimiento en detrimento de una pastoral misionera. Lejos, pues, de la insistente invitación del papa Francisco a ser una “Iglesia en salida”. Junto a ello, se otea un vaivén entre dos posiciones muy distintas pero relacionadas: la timidez de un cierto complejo de inferioridad ante otras posiciones seculares o religiosas (evangélicos, musulmanes o budistas, por ejemplo) y el repliegue defensivo al rincón *identitario* del gueto. Ambos casos muestran una falta de encaje en la sociedad contemporánea que, en nuestra opinión, supone una debilidad interna de la Iglesia.

### b) **Amenazas**

También surgen dificultades que provienen del exterior y que afectan a la vida de la Iglesia. En la terminología que estamos empleando, son las llamadas amenazas.

La primera es la crisis institucional que domina buena parte de la cultura contemporánea y que, en sociología, fue certeramente descrita por Grace Davie con la expresión “*believing without belonging*” (creer sin pertenecer). Muchas personas viven su experiencia creyente al margen de la institución eclesial. Pero no solo de la Iglesia católica o cualquier otra ya establecida, sino al margen de cualquier estructura religiosa. En estas décadas hemos visto cómo amplios sectores de la sociedad, sobre todo entre los jóvenes, han ido pasando del mero “Jesús sí, Iglesia no” al eslogan “Espiritualidad sí, religión no”, que resulta más difuso y más acorde con la postmodernidad de corte *New Age*.

La Iglesia católica (como también las iglesias cristianas *mainline*, tales como la luterana en Alemania o la anglicana en Reino Unido) siente el influjo de otras confesiones, que se muestran con más dinamismo interno y más atractivo hacia el exterior. Así, otras realidades religiosas pueden ser vistas como amenaza para el *status quo* existente en el que las iglesias mayoritarias se han movido durante siglos. Esto sucede de un modo misional con las iglesias pentecostales, de tonalidad amorfa y difusa; con la atracción por las corrientes de espiritualidad oriental y con un fuerte componente demográfico en el caso musulmán. Pero, de cualquier modo, la Iglesia tiende a ver esta nueva situación como una amenaza, más o menos asumida como normal y estable.

En tercer lugar, aparece el lastre de la historia, que se hace particularmente agudo en el caso español. Ya es un tópico decir que la historia de España bascula entre el clericalismo y el anticlericalismo, entre los cirios de las procesiones religiosas y las antorchas que queman iglesias. En determinadas opiniones sociales y decisiones políticas —muchas, superficiales— se perciben algunos rasgos anticlericales, erróneos e injustos (pensemos, por ejemplo, en ciertas acciones en contra de la enseñanza concertada o en algunas reivindicaciones recurrentes sobre el Impuesto de Bienes Inmuebles o en otras cuestiones de financiación). Al mismo tiempo que denunciamos el sectarismo anticlerical debemos preguntarnos si algunas situaciones heredadas del pasado no suponen también una amenaza externa o una atadura que dificulta el desarrollo de la

labor eclesial y de su acción evangelizadora con vigor renovador, con plena libertad y con credibilidad auténtica.

c) **Fortalezas**

Sin duda alguna, la primera fortaleza versa en la amplia presencia eclesial a lo largo y ancho de la sociedad española. La organización en parroquias garantiza una presencia en todos los pueblos y los barrios de la geografía del país. Esta “capilaridad” afecta a las celebraciones religiosas cotidianas y, especialmente, a los momentos más relevantes de la biografía personal y de la historia compartida. Pocas instituciones pueden contar con una participación semanal de unos diez millones de personas en sus convocatorias habituales. A pesar de las dificultades eclesiales con la juventud, la superficie de contacto sigue siendo impresionante: más de cien mil jóvenes reciben anualmente el sacramento de la confirmación y más de millón y medio de niños y jóvenes son formados en colegios católicos, mientras que superan los tres millones y medio quienes reciben clase de religión en la escuela.

Además hay que señalar de una manera destacada el reconocido compromiso social de la Iglesia española. Pocas entidades cuentan con tanta credibilidad como *Cáritas*: la Iglesia en acción en el ámbito de la lucha contra la exclusión social. Este reconocimiento se debe, en buena parte, a su amplia presencia en todos los rincones de España, a la eficacia de su acción, a su servicio gratuito y amplio voluntariado (más de dos millones de personas atendidas gracias a la labor de 82.000 voluntarios y 4.500 personas contratadas), al rigor de sus análisis, a su independencia profética y a su cercanía inquebrantable a favor de los más pobres y desfavorecidos. Algo semejante se podría decir de *Manos Unidas* y otras entidades eclesiales dedicadas por la justicia y por el compromiso social.

Un tercer pilar se fundamenta en el diálogo con la Ilustración. A estas alturas de la historia, es claro que la religión cristiana en su conjunto, y la Iglesia católica en particular, ha logrado una articulación muy razonable entre la fe y el mundo moderno. Cierta

es que el diálogo fe-cultura no atraviesa sus mejores momentos y que los “intelectuales católicos” parecen ausentes de los debates contemporáneos; también pueden surgir, aquí o allá, opiniones pintorescas en torno al creacionismo u otras cuestiones; así como residuos de cierta mentalidad antimodernista. Pero, con mucha claridad, en el diálogo con la racionalidad y las culturas encontramos una de las fortalezas de la Iglesia en el mundo de hoy, globalmente alejada de los fundamentalismos, *literalismos*, fideísmos o *emotivismos*. La aportación de colegios y universidades católicas, el modo habitual de argumentar en el seno de la Iglesia, la contribución al pensamiento de revistas y otros medios o el tipo de ubicación en las sociedades plurales son otros tantos indicadores de esta realidad. A pesar de las deficiencias y del camino que queda por delante, lo logrado por la Iglesia en este campo es una fortaleza para situarse adecuadamente en este siglo XXI.

### d) **Oportunidades**

Finalmente, acerca de las posibilidades externas y oportunidades que se abren para la Iglesia en este nuevo contexto plural y secularizado, la diversidad de opciones sociales, ideológicas, culturales, espirituales y *cosmovisionales* permite a la Iglesia alzar la voz de su propuesta evangélica en plano de igualdad.

Sin imposiciones y sin titubeos; sin monopolios y sin timidez; sin discriminaciones de ningún tipo y con plena libertad. Aplicando las llamadas teorías “económicas” de la secularización, podemos decir que la competencia entre propuestas de sentido abre una buena oportunidad para anunciar el mensaje de Jesucristo. Como dicen algunos, en un tiempo en el que *Google* parece tener la respuesta para todo, la clave está en formular preguntas adecuadas y en suscitar búsquedas auténticas. Ahí tenemos una gran oportunidad.

El contexto actual del pluralismo no solo ofrece amplia libertad ante el abanico de opciones diversas, sino que permite a la Iglesia el ejercicio de la libertad: soltar amarras, liberarse de ataduras del pasado, quitar adherencias y limpiar la hojarasca acumulada por el paso de los siglos. Todo ello ofrece una oportunidad para centrarse

en lo esencial, para volver con más nitidez al Evangelio, para recuperar un vigor que podría haber quedado amortiguado por formas y estructuras de tiempos pasados. De este modo, la Iglesia tiene ante sí la ocasión de ser cada vez más la Iglesia pobre y de los pobres, la Iglesia de Jesús de Nazaret, el Cristo.

En un plano más coyuntural, otra de las oportunidades se dibuja en el liderazgo mundial del papa Francisco, al menos en un doble sentido. Por un lado, ha mejorado la visibilidad y la credibilidad de la Iglesia; por otro lado, y al mismo tiempo, ha indicado la senda para lograrlo en los distintos niveles eclesiales: sencillez, coherencia, cercanía, compromiso, apertura, es decir, el arraigo en la Buena Noticia de Jesús. Al hilo de esto, hay que recordar la aportación de los últimos papas, que superan con mucho lo anecdótico o coyuntural: la bondad de Juan XXIII, la capacidad de diálogo de Pablo VI, el vigor apostólico de Juan Pablo II o la coherencia intelectual de Benedicto XVI son otras tantas ventanas que muestran las oportunidades vinculadas a un liderazgo adecuado. Con ello entramos también en la conveniencia de reformar el modo de entender y practicar el liderazgo y el ministerio en la Iglesia. La reciente creación de una comisión vaticana para estudiar el rol de las diaconisas en la historia de la Iglesia es una nueva oportunidad.

### 3. Conclusión

Hace ahora dos años, en su visita al Parlamento Europeo en Estrasburgo, en noviembre de 2014, el papa Francisco aludió al cuadro de Rafael, *La escuela de Atenas*, con las figuras de Platón y Aristóteles en el centro. Vio un símbolo de la historia de Europa,

“hecha de un permanente encuentro entre el cielo y la tierra, donde el cielo indica la apertura a lo trascendente, a Dios, que ha caracterizado desde siempre al hombre europeo, y la tierra representa su capacidad práctica y concreta de afrontar las situaciones y los problemas. El futuro de Europa depende del redescubrimiento del nexo vital e inseparable entre estos dos elementos. Una Europa que no es capaz de abrirse a la



dimensión trascendente de la vida es una Europa que corre el riesgo de perder lentamente la propia alma y también aquel «espíritu humanista» que, sin embargo, ama y defiende”.

Un año después, en su discurso ante el Congreso de Estados Unidos, en septiembre de 2015, en Washington DC, el mismo Papa recordó el testimonio cristiano y ciudadano de

“cuatro personas, cuatro sueños: Abraham Lincoln, la libertad; Martin Luther King, una libertad que se vive en la pluralidad y la no exclusión; Dorothy Day, la justicia social y los derechos de las personas; y Thomas Merton, la capacidad de diálogo y la apertura a Dios”.

Posiblemente, tenemos en estos textos y en estos ejemplos vivos, una guía para caminar como Iglesia en medio de nuestra sociedad secularizada y plural. ■

---

# SALTERRAE



WALTER KASPER  
**La unidad en Jesucristo**

744 págs.  
P.V.P.: 25,00 €

«Los cristianos podemos afirmar agradecidos que lo que nos une es más que lo que nos separa» (Juan XXIII). Nos llamamos hermanos y hermanas en la fe, y lo somos. En un mundo atravesado y agitado por numerosos conflictos, esta es una buena noticia. Cada vez somos más conscientes de que hoy las verdaderas diferencias no se dan entre católicos y evangélicos ni entre católicos y ortodoxos, sino entre quienes creen en el Dios misericordioso que se ha revelado en Jesucristo para salvación de todos los hombres y quienes no comparten esta fe o todavía no la han conocido realmente.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
[pedidos@grupocomunicacionloyola.com](mailto:pedidos@grupocomunicacionloyola.com)

---